

PRESENCIA MUSULMANA EN LA PENINSULA IBERICA O LA INTIMIDAD DE LAS IDENTIDADES

Rogelio Altéz Ortega*

"Nos han enseñado, tanto en las aulas como fuera de ellas, que existe una entidad llamada Occidente, y que podemos pensar en ese Occidente como si fuera una sociedad de civilización independiente de, y opuesta a, otras sociedades y civilizaciones. Inclusive muchos de nosotros crecimos creyendo que este Occidente tenía una genealogía, conforme a la cual la Grecia antigua dio origen a Roma, Roma a Europa cristiana, la Europa cristiana al Renacimiento, el Renacimiento a la ilustración y la ilustración a la democracia política y a la Revolución industrial. La industria, cruzada con la democracia, produjo a su vez a los Estados Unidos, en donde encarnaron los derechos a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad."

Erick Wolf.

No puede concebirse antropología sin historia. Así como tampoco debe separarse de la observación del hombre la reflexión psicológica, o sociológica, o el estudio de su relación con el medio ambiente, o el análisis de los intercambios entre las sociedades. Es

decir, si la intención del observador es el análisis, todo lo señalado debe ser cuidadoso y educadamente utilizado. Pero si su objetivo es el de la mera descripción, deberá cuidarse de no contaminar su esfuerzo con aportes de otros aspectos que le sobrevengan.

* Parte de la tesis de grado en antropología, "Las Estructuras del Fracaso de un Imperio". Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1990.

Me explico, si el observador (que para nuestro ejemplo puede ser un economista), intenta desdoblar las relaciones económicas de una sociedad, y sólo eso, ¿cómo podría hacerlo sin que utilizara aspectos sociológicos, o psicológicos, o históricos (por nombrar algunos), en su estudio?. Por ello, si nuestro amigo economista aún insiste en su meta, seguramente enfrentará una dura batalla para eludirlos. Probablemente, sea mucho más fácil incluir todos los aspectos que rodean al desenvolvimiento del hombre, a obviarlos. Aunque si la meta de un antropólogo es comprender el devenir del desarrollo del hombre, su trabajo debe incluir la observación de todos los agentes que condicionan la vida de una sociedad, y no solamente dentro de ella, sino también a su alrededor. Y es por eso que su análisis debe ser cuidadoso y educado. No porque intente despojarse de sus prejuicios o de su ideológicamente condicionada carga de conocimientos, sino porque debe reconocerlos en su propio trabajo y aprender a darles acceso al mismo en forma consciente y desnuda. De esta forma, el antropólogo, al menos, no intentaría engañarse a sí mismo.

De manera que el análisis antropológico, o el de las ciencias sociales en general, no debe contentarse con el descubrimiento de las relaciones estructurales de la sociedad. Podría ahogarse en la descripción rasa. Ir más allá del análisis estructural de las formas de las relaciones sociales o de los modos de pensamiento, significa elaborar una radiografía que descubra los lazos internos entre forma, contenido, funciones, condiciones, sistema de articulación, que entrelazan y dan vida a esas relaciones conformando su verdadero soporte y, al mismo tiempo, su dinamismo y movimien-

to. El contenido de las relaciones sociales es lo que hace a una sociedad; las relaciones entre sí, sólo son su rostro.

La historia y la antropología han recorrido el mismo camino en toda su trayectoria; en muchas oportunidades, sin siquiera saberlo. No se pretende aquí descubrir lo evidente. Sólo se intenta explicar que el contenido de este estudio no solamente es tan antropológico como histórico, o viceversa, sino que es lo uno y lo otro al mismo tiempo. Trata de ser una totalidad que integra ambos aspectos en su seno.

La humanidad está compuesta por un total de procesos interconectados, y el pretender descomponer esa totalidad en partes independientes unas de otras, sólo logra falsear la realidad. Encerrar los procesos en conceptos como "nación", "cultura", "Estado", pueden llevar a clasificarlos. (Véase Wolf, 1986, 15. El convertirlos en cosas los transforma en utopías, ideales o mentiras de la realidad. De esa forma, inventaríamos un mundo en el que las naciones o culturas serían internamente homogéneas y se presentarían como unidades diferenciadas, así como si la existencia de cada una surgiera en dimensiones diferentes de los niveles de humanidad. Como si sus desarrollos fueran únicos, originales y jamás entraran en contacto con otros, o como si ese contacto fuese un elemento pasajero que sirvió a unos intereses coyunturales y punto.

Si no se intentara en este trabajo explicar las realidades de los contenidos de sus estructuras, de qué manera se podría entender entonces que uno de los mayores aportes al desarrollo agrícola del sur español hubiese sido el sistema de riego árabe; o que la

gran solución logística al financiamiento de la recta final de la Reconquista, fuese el Santo Oficio de la inquisición; o que las más suntuosas investiduras de los reinos cristianos peninsulares fuesen tejidos en Bagdad con paños y sedas, muy probablemente castellanos; o que el camino de peregrinaje de Santiago de Compostela fuera la cuna de la burguesía castellana, o que la pérdida del tribalismo, sufrida de igual manera para musulmanes que para cristianos, arrojara resultados totalmente diferentes para ambos. Así este estudio intenta acercarse a las interrelaciones, a las conexiones que tejieron las estructuras cristianas e islámicas, en un mismo espacio y tiempo, que a posteriori significarían un problema sociopolítico infranqueable: la desunión y atomización como realidad de España, bajo la irreal integración nacional...

La reconquista fue una alfombra extendida por los cristianos españoles a lo largo y ancho de la Península Ibérica, bajo la sombra de la cruz y al filo de la espada, que logró imponer finalmente, luego de setecientos sudorosos y sangrientos años de luchas, su objetivo político, apropiándose para su beneficio de las estructuras económicas encontradas y con la constante pretensión de contagiar ideológicamente a las gentes absorbidas. Pero nunca contó con la complicada y diversificada armazón social que, por debajo de la alfombra, continuaba su camino, muy afectado sí, pero con un independiente y muy resistente desarrollo propio. Y eso resurgió, posteriormente al matrimonio de Castilla y Aragón, como un fantasma insoslayable, transformado en todo lo que significó la casi imposibilidad de la unidad nacional de España.

Para entender tan insuperable consecuencia, es necesario remontar sus precedentes, de tal manera que se pueda arribar al primer estallido que, a la vez que determinaba el nacimiento de las tempranas estructuras españolas, marcaba el inicio de una íntima atomización social, que se instaló definitivamente en el seno político-cultural de toda la península.

Ese primer estallido fue dado por el beréber liberto Tariq b. Ziyad, quien al mando de 7.400 hombres y bajo la orden del gobernador de ifriquiya Musa b. Nusayr, se instaló en Algeciras para dar comienzo al avance musulmán en territorio visigodo.

Si bien la invasión parte de la iniciativa propia de Musa b. Nusayr (decisión que tomó a espaldas del gobierno central omeya de Damasco), no debe desligarse de su significancia geoestratégica e histórico-política. El salto musulmán desde el norte africano a España fue un paso más de un proceso plurimilenario universal de movimientos de desarrollo, continuidad, asentamientos y expansión. El islam es una huella más de ese paso, muy profunda e infinitamente importante, que pesó determinantemente en el desarrollo posterior de la historia de la humanidad occidental. Y es por ello que se hace necesaria una explicación que presente la lógica general de los descendientes de Mahoma; y de esa manera ir más allá de la idea de la invasión a la Península como un capricho musulmán o como una simple aventura transmediterránea.

Para comprender al Islam y los musulmanes.

Mientras la región del Mediterráneo se balanceaba en los siglos IV y V en-

tre los periodos romano-tardío y bizantino-temprano, fuertes procesos de transformación política y religiosa sacudían al cercano Oriente, en un estado de ebullición que presagiaba su robustecimiento posterior. El crecimiento del dominio sasánida amenazaba la hegemonía bizantina, pero aun así, no se encontraba totalmente desprendido de viejas estructuras políticas y profundas tradiciones religiosas heredadas del Mediterráneo. Sólo el Islam apostará el verdadero elemento de cambio, con el empuje necesario para transformarle la cara al mundo mediterráneo.

El mensaje que predicó Mahoma entre sus conciudadanos los quraysíes (descendientes del ancestro común Qurays), se derramó sobre el Oriente medio con una gran rapidez. El punto substancial del mismo se halla, más que en su contenido revelador, en el cambio de la profesión de fe. La antigua noción de rectitud (tazzaki) es sustituida por la sumisión total a Dios: Islam. Por ello, las prácticas religiosas y sociales enseñadas por el profeta implican, fundamentalmente, un cambio de conducta y una transformación interior.

Las acciones de gracia que el creyente debe dirigir a Dios (cumplir con la oración, pagar la limosna legal, hacer la peregrinación, ayunar en el mes de ramadán) lo identifica con un mu'min (fiel), o como un muslim (sumiso), de donde deriva la palabra "musulmán".

El Islam no predica el aislamiento o el individualismo, por el contrario, realza la unión, la reunión y con ello reencuentra las viejas tradiciones tribales, que se ven reforzadas y perpetuadas con la religión.

Es obligación del creyente el pago del Zakat (limosna legal), que junto con el pago de tributos de los pueblos sometidos se convirtió en el principal sustento financiero del Islam.

La guerra santa (yihad) fue un recurso utilizado por Mahoma en la ciudad de Medina, dadas las desfavorables circunstancias en las que se encontraba. Sus sucesores la tomaron como una forma de propagación de la religión, pero no todos los musulmanes estaban obligados a participar en ella. Probablemente, sí fue utilizada como un poderoso recurso ideológico para fortalecer moralmente a los ejércitos. Empero, el Corán reza que en la religión no debe haber coacción, ya que la verdad se distingue claramente del error.

A pesar de que se mantuvo la esclavitud, se concedió la opción al esclavo de convertirse en musulmán y así reglamentar la emancipación. El ex-esclavo ingresaba entonces a la sociedad como un mawla ("cliente" de su antiguo señor). El Islam impedía la esclavización entre creyentes, y de esa forma garantizaba y fortalecía la fraternidad entre ellos.

En tiempos del imperio de la dinastía omeya fue cuando los musulmanes llegaron a España. Descendientes directos de Omeyya, este grupo llegó a dominar gran parte del Mediterráneo entre los siglos VII y VIII.

Se fortalecieron a partir del enfrentamiento con Alí (quien provocó el primer movimiento secesionista del Islam, encabezado por los jariyíes y los si'íes), y se consolidaron en el poder al derrotarlo y asentar su califato en Damasco. Luego, se extendieron rápidamente y sus dominios alcanzaron a lle-

gar desde Magrib el y Andalucía hasta Afganistán y el Mar de Aral, inclusive.

Fue precisamente bajo el reinado de Walid que los musulmanes conquistan al-Andalus, y son los mismos qaysies y yemenies quienes, junto a los beréberes africanos, inician los primeros asentamientos islámicos en territorio peninsular. Por ello, por ser fieles al califa de Damasco, nieto de Marwan, los omeyas de ese entonces en Córdoba eran llamados también Marwanies.

Mientras se consolidaba la expansión de omeya, se debilitaba el imperio bizantino. Desgastado por años de lucha continua con los persas por el control de los puertos mediterráneos, no tuvo claridad suficiente para percibir lo que surgiría como mortal enemigo de la península arábiga. Así, con la consecución de Alejandría, Cartago y Córdoba, el Islam tomaba posesión del control del Mediterráneo y sólo dejó a Bizancio el poder de la entonces retirada Constantinopla, que ocho siglos después caían en las manos turcas.

Aniquilados los sasánidas y reducidos los bizantinos, los musulmanes extendían la soberanía islámica por miles de kilómetros cuadrados. Pero no sería sólo un cambio en el mapa político; comprendería una inmensa transformación sociocultural y un gran desarrollo estatal que, junto a los comienzos del feudalismo en Francia e Italia, la consolidación de la posición papal en los monasterios europeos y la creciente cristianización de Inglaterra, abrían las puertas del mundo medieval europeo.

Desarrollo de la presencia musulmana en la Península. (711 - 1492).

Cuando a comienzos del verano del

711 Tariq b. Ziyad, el mawla beréber a las órdenes del gobernador de Ifriquiya Musa b. Nusayr, se instala en Algeciras con su ejército, Rodrigo, señor visigodo de Toledo, se hallaba en Pamplona, al pie de la cordillera cantábrica, en el intento de controlar una sublevación de los vascones. Tariq aguardó la llegada de Rodrigo a las orillas del río Barbate. El rey de Toledo tardó algunas semanas en llegar al extremo sur de la Hispania. Una vez allí, se llevó a cabo la batalla que abriría definitivamente las puertas de Andalucía a los musulmanes y que no habrían de cerrárseles sino hasta 1502, en primera instancia, cuando fueron obligados a bautizarse o a abandonar el país, y finalmente, el 22 de septiembre de 1609, fecha del último dictado oficial de expulsión de moros y moriscos de España.

Rápidamente, y en ese mismo año de 711, cayeron Córdoba y Toledo. Al año siguiente, Musa se unía a Tariq con un ejército de 18.000 hombres y al cabo de dos años los dominios visigodos de la Península estaban en manos musulmanas. En dos años más, y bajo la dirección del hijo de Musa, 'Abd al-Aziz, tomaron Barcelona, Tarragona, Gerona y Narbona, en la costa este del Mediterráneo; Evora, Santarem y Coimbra en Portugal; Málaga, Elvira y la región de Murcia, en el sureste; a eso debieran sumarle Mérida, Talavera, Zaragoza y Pamplona, conquistadas por un padre. La nobleza visigoda sólo pudo optar a refugiarse en Covadonga, protegida por el macizo cantábrico.

Pero la conquista musulmana sólo llegó hasta allí, a las puertas de Covadonga, en el principado de Asturias. Luego de eso, y hasta 1.492, la presencia musulmana en la Península Ibérica se vería empujada a continuos en-

frentamientos con los cristianos, en un dramático retroceder y avanzar, que los reduciría finalmente al reino nasri de Granada, último bastión del Islam en España, y que la Reconquista liberará en su último gran paso.

Lo que a la religión musulmana le llevó cuatro años conquistar, a los cristianos les tomó ocho siglos retomar. Y precisamente, desde Asturias, con la anexión de Galicia al norte de Portugal, y de la entonces vasta y despoblada zona del norte de Castilla, comenzó el penoso camino de la Reconquista española. Alfonso I, quien reinó en ese principado entre 739 y 757, se encargó de esa primera expansión. De tal manera, se iniciaba el trazado de una línea que en su futuro jamás sería estática, una frontera elástica que estaría determinada por regiones a las que se les llamó Marcas, y que significaron un largo y móvil "ecuador cristiano-musulmán".

El poblamiento de al-Andalus por parte del islam se vió envuelto en una inmensa mezcla de creyentes e infieles, de devotos y conversos, de conquistadores y sometidos, de diversos orígenes sociales y religiosos que terminaron por pintar un colorido cuadro multiétnico y pluricultural, dándole un singular aspecto a la nueva Península.

Realmente, la población de origen árabe fue escasa. La distancia de su punto de partida y la existencia mayoritaria de beréberes ansiosos de dominio y colonias allende sus costas, sumado a la multitudinaria y rápida conversión de judíos perseguidos por visigodos y cristianos hartos de pagar inmensos tributos, redujo la necesidad de realizar un traslado numeroso de colonos desde la Península Arábiga.

A los españoles conversos se les llamó *muladíes* (del árabe *muwalladun*). Estos neomusulmanes se instalaron en el sur y sureste de al-Andalus. Los que continuaron bajo la fe cristiana y rechazaron la conversión, fueron llamados *mozárabes* (*musta'rib*). Prosperaron en Toledo, Sevilla, Córdoba y Mérida.

Los musulmanes árabes se encargaron de la expansión directa de la religión islámica. Al mismo tiempo organizaban el dominio político garantizando la arabización social del territorio. Los primeros asentamientos árabes fueron originados por *qaysíes* y *yemeníes*, que habían ingresado con Musa b. Nusayr. Los *qaysíes* se instalaron en Córdoba, apoyados por los jinetes de las circunscripciones militares de Siria, los *yundíes*, quienes al respaldarlos, garantizaron su dominio, y posterior consolidación del Emirato omeya cordobés.

Los beréberes (siempre peligrosos por ser rebeldes y desestabilizantes), se instalaron en las zonas montañosas y en las serranías.

Árabes, cristianos, judíos, mozárabes, muladíes, beréberes. Todos en interacción constante, encajando casi prepotentemente como un forzado mosaico socio-político, que años más tarde explotaría arrojando las primeras divisiones del territorio español.

El movimiento del emirato omeya de Córdoba, con 'Abd al Rahman I como gobernador, dió a al-Andalus una sólida base para su posterior consolidación. Reclutando beréberes y esclavos de otras zonas europeas, conformó un terrible ejército e inició la expansión hacia el este, donde enfrentó a Carlomagno y le aplastó en el desastre de Roncesvalles (778), apoderándose de Zara-

goza. Córdoba se había convertido, entonces, en la nueva capital musulmana, con una población fiel y segura, que no tardó mucho en proliferar.

Ya en las primeras décadas del siglo IX el emirato cordobés era una capital abierta al mundo, con relaciones en el norte de África y contactos directos con el medio oriente, iniciadas con las periódicas peregrinaciones a las Santas Ciudades del Islam.

Al mismo tiempo, las Marcas Hispánicas se agitaban sacudidas por revueltas beréberes, muladíes o árabes de la oposición. Zaragoza al noreste, Toledo en el centro y Mérida como la más baja de las tres Marcas, comenzaban a ser amenazadas por la Reconquista; con la ayuda de los franceses ya habían retomado Barcelona en 801.

Pero a pesar de los constantes acosos bélicos, Córdoba floreció como ninguna en el siglo siguiente. Se luchó sin descanso en las regiones fronterizas contra francos y españoles cristianos, y en su propio centro de dominio contra insurrecciones de toda índole. Pero se logró pacificar el estado, y a pesar de perder toda la zona catalana, se controlaron sólidamente las islas Baleares. Para el año 928, Andalucía estaba en paz, prosperando económicamente y con el respaldo del cobro de sólidos impuestos, que aumentaban las arcas musulmanas.

Se habían oficializado buenas relaciones con Bizancio y gracias a la tranquilidad que le brindaba su riqueza, Córdoba se dedicó al crecimiento y desarrollo cultural.

En los últimos veinte años del siglo X alcanzó el gobierno de al-Andalus Muhammad ibn Abi 'Amir, a quien apo-

daron al Mansur (el victorioso), y reorganizando el ejército (al que le agregó incluso la participación de mercenarios cristianos), hizo retroceder a los españoles de los reinos nortekos. De esa forma retiró aun más las Marcas Inferior, Media y Superior hasta Porto, Salamanca y Pamplona, respectivamente. Pero logró retirar a los francos de Cataluña, aunque extendió sus dominios políticos hasta la zona costera del Magrib.

Fueron años de esplendor para Córdoba. Pero la soberanía omeya-marwaní tuvo que claudicar ante los problemas internos que afrontaron desde el momento de su llegada. La resistencia interior cristiana (aunque de corta duración debido a la política tolerante del Islam), las revueltas jariylas de los beréberes, sumado a los conflictos intertribales que los árabes arrastraban desde su península, provocaron una dura lucha por el califato impregnado de desórdenes, insurrecciones, asesinatos políticos, ruinas y levantamientos de tropas africanas mercenarias. Los descendientes de al-Mansur, último en equilibrar y tranquilizar al reino, no tuvieron la suficiente capacidad para mantener el orden. El califato omeya sucumbió ante la crisis política y cedió el paso a una serie de caudillos regionales, que dividieron el sur de España en un conjunto de reinos independientes, basados en afinidad de origen con el líder. Los muluk al-tawa'if (los reyes de taifas) eran de ascendencia árabe, beréber o andaluza.

Los primeros se situaron en el sur y en la Marca Superior, conformando los reinos de Sevilla, Córdoba, Zaragoza y Almería, como los más importantes. Los africanos dominaron desde Toledo hacia el occidente y suroeste e incluso en

el extremo sur; los reinos de Toledo, Badajoz, Carmona, Granada y Málaga son los que destacan. Por su parte los esclavones y los muladíes se repartieron la costa oriental y las Baleares.

Hacia fines del siglo XI cayeron en manos cristianas Zaragoza y Toledo, dos de las más importantes taifas islámicas. Mientras de la monarquía de Castilla y León se alzaban dos figuras importantes de la Reconquista: Fernando I y Alfonso VI, quienes en Mayo de 1085 se anexaban por vez primera para los españoles desde la invasión, el territorio de Toledo en forma completa.

La paria (impuesto anual que impusieron los españoles a los reinos musulmanes), comenzó a drenar las arcas de los tesoros andaluces. Esto y la toma de Toledo preocupó a las taifas más sólidas, la de los aftasíes de Badajoz, la de los 'abbadíes de Sevilla y de los ziríes de Granada. Alfonso VI presionaba por la rendición de Sevilla y acosaba Badajoz. Entre la espada y la pared, los reyes de taifas solicitaron auxilio al norte de Africa.

El Magrib era dominado entonces por los almorávides, una tribu fanática e intransigente, nómadas del Sahara, muy semejantes a los tuaregs del desierto y bastante diferentes a los musulmanes andaluces. Practicantes del rito maliki y de las más puras tradiciones islámicas, los almorávides, bajo la conducción de Yusuf ibn Tasfin, no tuvieron ninguna dificultad para entrar en el territorio español. Así como para realizar la africanización de al-Andalus.

Yusuf destituyó y expulsó a casi todos los gobernadores traidores y entregó el dominio de al-Andalus a sus seguidores almorávides, quienes promo-

vieron la intolerancia religiosa y el rito maliki. Sólo Valencia, en el sureste estaba en poder de la nobleza cristiana, en donde el Cid se encargó de defender ese dominio. Pero luego de su muerte, la venganza almorávide consumó su victoria en 1110 ante Jimena, viuda del Cid.

Los almorávides legaron a controlar no sólo al-Andalus, sino también todo el norte de Africa. Pero nuevas luchas étnicas (esta vez entre tribus norafricanas), resquebrajaron el poder político musulmán.

Un grupo sedentario del sur montañoso de Marruecos, reformista religioso y opuesto a los almorávides, comenzó a tomar posesión del Magrib: eran llamados los almohades.

Mientras tanto, la decadencia almorávide se evidenciaba con rapidez en Andalucía y en una serie de insurrecciones y revueltas, sobrevino un segundo período de taifas en España.

Nuevamente, la Reconquista tenía la mesa servida. Una importante alianza entre Castilla, Aragón, Génova y Pisa conquistaba Almería. Tortosa pasó al poder catalán y también Lérida. Pero en 1147 se produjo el desembarco almohade en el sur de España. Su lento avance fue muy efectivo: tomaron Sevilla en 1147, Córdoba en 1149, Badajoz en 1150, Silves en 1151, Málaga y Granada en 1153; Almería cayó en 1157. Una vez con el dominio en sus manos no tardaron en comenzar las razzias y saqueos.

Cuando en 1195 los almohades tomaron Alarcos y se ubicaron a la puerta de Toledo, la cristiandad entera se preocupaba por el destino de España, Rodrigo Ximenez de Rada, arzobispo de

Toledo, se entrevistó con Inocencio III, el papa, y logró que éste proclamara su campaña como Cruzada. Eso reavivó el odio religioso en las huestes españolas y dió un importante empuje ideológico a las nuevas batallas. Se aliaron Castilla, Aragón y Navarra y luego de atravesar Toledo derrotaron definitivamente a los almohades en las Navas de Tolosa, en 1212. La Reconquista se perfiló como irreversible.

Los cristianos se dedicaron a presionar en las zonas fronterizas, en donde las sublevaciones antialmohades eran cada vez más frecuentes. En 1231 Mérida pasó a control español, con lo que comenzó el arrinconamiento de los musulmanes sobre Granada. Muhammad b. Yusuf b. Nasr se coronó sultán de Jaén y comenzó a anexarse poblados pequeños y descontentos con los que logró formar en 1237, luego de tomar Granada, el último bastión islámico de al-Andalus: el reino nasrí.

Desde entonces, los enfrentamientos cristiano-musulmanes fueron en una sola dirección: el retroceso árabe.

En los inicios del siglo XV, el infante Fernando consiguió el financiamiento por parte de la nobleza aragonesa y castellana (ambas impacientes y sedientas de gloria), de una campaña a muerte contra Granada. En 1410 cae Antequera y pone al desnudo la fragilidad nasrí. Posteriormente, las conspiraciones y los asesinatos se encargaron de acabar con las bases del gobierno musulmán, y Gibraltar fue recuperada por los castellanos de 1462.

En 1469 se llevó a cabo el célebre matrimonio de Castilla y Aragón: Fernando, hijo y heredero de Juan II de Aragón y la princesa Isabel de Castilla, hermana de Enrique IV. Así, Espa-

ña daba el más sólido salto hacia su unión territorial definitiva y el más firme paso estratégico de la Reconquista. Diez años después, Fernando ascendía al trono junto a Isabel, se puso fin a la guerra civil del sur de Castilla, se reconciliaron relaciones con Portugal y se pacificó Extremadura. Fueron las primeras acciones contundentes de los Reyes Católicos.

El desarrollo fue aplastante: se recrudeció el asedio a Granada, Ronda fue tomada en 1485; dos años después, Málaga; Baza se rindió en 1489, Almería y Guadix fueron entregadas lastimosamente en el mismo año; en 1491 Isabel construyó Santa Fe, como fortaleza sitiadora, muy cerca de Granada. Ese mismo año capituló Granada y en 1492 los Reyes Católicos hicieron su entrada triunfal en la ciudad.

Era el fin del último dominio del Islam en España y el comienzo de una nueva era para la Península Ibérica, la Reconquista había cumplido su cometido.

El contexto. siglos VII - XV.

El mundo exterior del Mediterráneo se repartía entre tres grandes estructuras de dominio: Bizancio, el califato musulmán y el reino franco. Este conjunto de diferentes desarrollos se debió a la aparición de nuevos estímulos espirituales y sociales, que culminaban para el comienzo del siglo VII, un proceso anterior de crecimiento interno: la reforma del imperio Bizantino, la arabización del califato islámico y la creciente feudalización de los dominios carolingios. La estructura social y política, así como la forma de pensamiento y expresión, junto a las convicciones culturales y religiosas, hacen que estos desarrollos

se diferencien sustancialmente. De hecho, las transformaciones del siglo VIII condujeron a la acentuación del contraste.

Para el año 750 la dinastía omeya es desplazada por los 'abbasíes, que llegaron al poder promulgando la oposición a los musulmanes no árabes y el odio a los si'ies, convirtiendo al califato en un estado supranacional. Construyeron Bagdad y trasladaron allí toda la administración desde Damasco. Así acabaron el punto de gravedad de los dominios musulmanes de Siria a Irak.

El ascenso de los carolingios en el siglo VIII al poder del territorio franco, no fue un cambio político más. Su estructura fue un modelo para Occidente: su sistema estaba determinado por un orden feudal; la nobleza territorial compartía el reino mediante la organización militar. La iglesia participó activamente administrando las instituciones y tomó un rol protagónico preponderante. A eso debió sumársele la innovación de la economía y la técnica rural, la que garantizó finalmente que su producción fuera mayor y mejor que la de las plantaciones mediterráneas. A todo esto iba unido un profundo cambio espiritual, a partir de la concepción fundamental de retomar las tradiciones antiguas cristianas y de la apropiación consciente de formas y contenidos de la antigüedad.

Mientras tanto, Bizancio se sumía en fuertes luchas iconoclastas (en las que triunfó el helenismo) que determinaban su futuro, el cual, por cierto, se caracterizó por los constantes asedios a su estabilidad. En el siglo VI, gracias a una fuerte marina creada para su defensa, había logrado extender sus dominios hasta el Mar Negro, de

donde obtenían grandes cantidades de trigo, madera y esclavos. Y precisamente, su poderío fue más helespontino que mediterráneo, el que tuvo que ceder a los intereses de otros aspirantes.

La región mediterránea, entonces, había quedado dividida entre el Islam y el cristianismo.

Los musulmanes lograron extenderse rápidamente, siguiendo sobre todo las rutas de las caravanas de mercaderes. En el siglo VIII dominaban toda la costa africana y la Península Ibérica. Después ocuparon Sicilia, pero el resto de Italia siguió fiel a Constantinopla.

El papel de los judíos para esta temprana Edad Media es muy importante. Mercaderes por excelencia, habían logrado asentarse en cualquier centro comercial y así consiguieron contactar, a través de grandes rutas, a Europa con Oriente y Asia, transportando especies y telas preciosas, incienso e incluso pimienta, esta última tan rara y tan cara en esos tiempos que incluso llegó a ser utilizada como moneda.

Detrás de un conjunto de principios morales y espirituales, la Iglesia se oponía rotundamente al comercio. Sostenía que el afán de lucro y codicia era condenado bajo el cargo de avaricia, y como una forma brutal e infiel de vivir. Sin duda, esa oposición no descansaba realmente en un carácter moral-ideológico. La iglesia se identificaba por completo con los reinos feudales, de los cuales era uno de los principales beneficiarios, además de ser la mayor dueña de tierras de la Europa occidental al establecer alianzas de parentesco entre la nobleza terrateniente y el poder eclesiástico. El comercio sig

nifica contacto externo, intercambio, vías de acceso y caminos libres a sociedades extrañas y no cristianas. Los señoríos, por el contrario, significaban la explotación focalizada de un territorio para beneficio de una familia, siempre o casi siempre emparentada con la Iglesia.

Otra de las formas de consolidación política era la guerra en el exterior, con el fin de apropiarse de recursos ajenos y transformarlos en excedentes. Portugal, León, Castilla y Aragón, tomando la Reconquista como gran camino, fueron los más fieles exponentes de este sistema. A largo plazo les favorecía, posteriormente fue un método de colonización en América, como estados meramente depredadores, no productores.

Las guerras en el exterior, el comercio expansivo y la concentración alrededor de un lord crearon en Europa nuevos Estados, e invirtieron la relación entre el Oriente dominante y el empobrecido Occidente. Pero en el siglo XIV se resquebrajó el acelerado avance y el ritmo de crecimiento cesó.

La crisis del feudalismo surgió imparable y con varias causas en su haber. El comercio exterior dejó de extender el área de su expansión, guerras civiles y anarquías se regaron en gran parte de Europa, la Guerra de los Cien Años arruinó a Francia y agotó a Inglaterra; el crecimiento poblacional había cesado y junto a la estabilización económica, señalaba que el sistema en su evolución había llegado a su apogeo. Y para colmo de males, el hambre de 1315 y la peste negra de 1347 diezmó cruelmente un gran porcentaje de las poblaciones.

La solución a la crisis se halló fuera de las fronteras europeas. Era ne-

cesario la consecución de nuevos recursos para obtener nuevos excedentes. Ello significó avanzar hacia otros territorios donde cultivar o conservar nuevos alimentos; al mismo tiempo se intentó detener el flujo de circulante hacia el Oriente. Todo esto necesitaba de un aumento en la escala e intensidad de las guerras y de todo el aparato que le acompaña: producción de barcos, armamentos, técnicas y reclutamientos de soldados y marineros. Económicamente, la crisis del feudalismo se resolvió hallando, tomando y distribuyendo recursos existentes allende las fronteras europeas.

Portugal fue una de las naciones pioneras. Se vio empujada desde muy temprano a salir a los mares. Tierras no muy fértiles y un clima adverso así lo exigían. Las guerras con los musulmanes liberadas en el norte africano desde 1415, aunque dignificadas con el nombre de Cruzadas, fueron exclusivamente de interés portugués, antes que religioso. Los barcos y métodos de navegación mejoraron considerablemente a mediados de siglo, cuando los portugueses ya se habían aventurado más allá del Sahara; esas mejoras permitieron que Portugal se expandiera más allá de las costas atlánticas africanas. Pronto el comercio de esclavos daba grandes resultados a Lisboa.

Cuando los turcos comenzaron a avanzar tomando Constantinopla, los comerciantes genoveses y pisanos giraron sus intereses hacia Portugal, lo que la transformó en un punto estratégico para el capital italiano en el mercado del Atlántico.

En España, sin embargo, la suerte era distinta. Concentrada en la Reconquista, no tuvo salida a las grandes rutas comerciales ni a probar tajada

alguna del tráfico de esclavos. Pero la victoria definitiva sobre los musulmanes glorificó a los Reyes Católicos, quienes financiaron el viaje de Colón y en 1492 se abrieron las puertas de su más grande entrada a la riqueza, solucionando cualquier tipo de problema. Pero dando paso a otros que más tarde le asfixiarían.

Los ocho siglos en que se desarrollaron estos acontecimientos, transformaron definitivamente la cara del mundo. Los cambios habidos en el comercio a grandes distancias favorecieron a Europa, dejando de ser un borde dependiente de Asia para tomar la conducción como llave del desarrollo comercial. A eso debe agregarse que, lo que para el siglo VII eran pequeños principados, se habían transformado en fuertes reinos, consolidados militar y políticamente. Además, fuerzas internas de su propio proceso les empujaron a trascender sus fronteras desarrollando la clase mercantil y la extraordinaria capacidad guerrera.

Europa había tomado las riendas de una nueva transformación de la humanidad.

La realidad cultural: la intimidad de las identidades.

"Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, marido y mujer siempre concordes, llamados Católicos, yacen en este sepulcro de mármol. Derribaron el poder de la secta mahometana y redujeron la obstinación de la herejía."

INSCRIPCION SEPULCRAL DE
LOS REYES CATOLICOS.

Tanto la expansión musulmana del si-

glo VIII como el avance del cristianismo a nivel mundial a partir del siglo XV, no tienen la exclusiva intensión de la propagación religiosa como extensión de la fe que promulgan. Detrás de la doctrina confesional se esconde el interés del dominio político y el control económico, siempre bajo un orden social propio de cada religión. Por ello, la ideología de la fe trasciende la cosmovisión y la cosmointerpretación para abanderar las expansiones y servir a los intereses de lo económico y lo político; aunque una vez institucionalizada como en el caso de la Iglesia pueden tornarse indivisibles a su esencia y caminar paralelos hasta coexistir en un mismo plano. Pero con la emergencia de las clases sociales, la indiscutibilidad de la posición eclesiástica quedará en entredicho, y el ascenso al poder y el enriquecimiento contarán con la participación de otros sectores, con lo que se romperá la unidad de la lucha de la sociedad, establecida ahora en términos de oposición de clases.

La Edad Media española no fue el escenario del enfrentamiento exclusivo entre Iglesia y Mezquita por el dominio de la Península. Si bien en el comienzo el Islam era una unidad en expansión, se encontró con una cristianidad absolutamente desmembrada y muy lejana a la unión de intereses; y con el paso de los siglos, la Reconquista enfrentaría a unos musulmanes casi por completo desestructurados, aunque la Iglesia como accionista y abanderada de esa empresa, se apoyara en la alteridad para impulsarla ideológicamente. De manera que este período abrigó un proceso de fortalecimiento ideológico y de solidificación de la identidad política de la Península, aunque su esfuerzo no fue lo suficientemente ancho como para abrazar una identidad

nacional.

La convivencia en el mismo espacio durante ocho siglos por la cristiandad y el Islam, lejos de acercarlos doctrinalmente, estableció una relación de polaridad. Y no podría ser de otra manera. Para el cristianismo, el Islam es una herejía, igual que para el judaísmo. Su origen está nutrido de ambas corrientes, e incluso reconoce y acepta a profetas comunes: Adán, Noé, Abraham, Moisés, Jesús; pero Mahoma será para los mahometanos, finalmente superior a todos ellos. Además, las formulaciones coránicas se harán en términos de oposición a las otras religiones; "no hay más Dios que Alláh, no es hijo ni padre, ni tiene semejantes", lo que refleja un obvio antitritinismo, pasando judíos y cristianos a ser infieles, y así dejarán de ser sus antecedentes históricos.

Otra importante diferencia, se encuentra en el libro. Si bien la Biblia en su origen, Antiguo Testamento, se escribe en hebreo (y luego se traduce al griego), y posteriormente, el Nuevo Testamento será escrito en griego, el Corán fue escrito originalmente en árabe y se mantendrá en esa lengua por muchos siglos. Así, la cristiandad no puede sentirse ligada lingüísticamente a su génesis doctrinal, mientras el Islam utilizó su lengua para homogeneizar a las tribus de su pueblo y a los colonizados, reclamándose a sí mismo más puro y original.

Esta posición individualmente polariza al otro, lo ubica enfrente, en su oposición. Pero su situación real no lo excluye en forma belicosa. De hecho, la *dimma* era un acuerdo de protección del que gozaban las "gentes del Libro". Constaba de un reconocimiento de su personalidad, derecho de

vivir en tierra del Islam, garantías de libertades públicas, disfrute de derechos privados. Los protegidos, los *dimmi*, debían comprometerse a pagar el impuesto *yizya*, que les garantizaba la abstinencia por parte de los musulmanes de cualquier hostilidad, y a asumir la responsabilidad jurídica de cualquier perjuicio ilegal en contra de los *dimmi* y sus propiedades, así como a protegerlos de cualquier ataque extranjero. Este era un acuerdo sin límites de tiempo, y al morir el signatario, sus descendientes también gozarían de tales privilegios.

La posición del Islam ante la "gente del Libro" es de gran estrategia socio-económica y de una amplia ventaja colonizadora. Esto permite mayor aceptación del invasor musulmán, además de una rápida conversión de mano de obra especializada de la región conquistada; un tributario conforme con las nuevas normas, que además se sienta protegido ante cualquier ataque (muy comunes en la época), garantiza una relativa estabilidad social. Por otro lado, al mantenerse el libre desenvolvimiento público y privado, se estaba asegurando la continuidad de las estructuras de producción existentes, lo que facilita el acoplamiento de su sistema económico sobre el colonizado.

Pero esta mecanicidad de la aplicación del Derecho islámico no puede perdurar por mucho tiempo en un espacio que prácticamente vivió en una indetenible batalla. La respuesta militar de los musulmanes tuvo su más fuerte representante en los contingentes árabes. De esta manera, las puertas de al-Andalus tuvieron mayor afluencia de circulación africana en lugar de árabe. Esto se vio incrementado por la separación del Califato de Córdoba de Bagdad.

La arabización de España comenzó a alejarse cada vez más, acercándose la Península a una africanización más real. Aunque el hecho de las oleadas africanas hubieran sido islamizadas por los árabes, no debe olvidarse de la fortaleza tribal que les caracterizaba, lo que realizaba aún más su valoración de la cultura propia y de su identidad. Además, su presencia en el al-Andalus fue requerida con fines bélicos, lo que solidificó su carácter homogenizante y conquistador.

Pero la cristiandad no reparó en qué o quién tenía enfrente. Su expansión fue en términos de apropiación de territorios y repoblamiento. Y esa fuerza sería el carácter unitario de la empresa reconquistadora, agrupando a varios reinos bajo el mismo interés. En este proceso puede identificarse la formación de la "identidad española"; la Reconquista coexistió con la diversidad del pueblo español en un mismo espacio y tiempo, y esa convivencia fue formándolos en conjunto, como cumplimiento de una misma función. El fenómeno de la expansión en términos bélicos y victoriosos, impulsó la rápida formación de una conciencia cristiana colectiva, uniendo a los pobladores de los reinos peninsulares en un mismo criterio ideológico.

El cristianismo en España no estuvo desconectado de la cristiandad europea, a pesar de vivir situaciones diferentes. La propagación de los monasterios, la construcción de universidades bajo el tronco benedictino (incluyendo la reforma cluniacense y cisterciense), la polémica mendicante, la reforma gregoriana, también tuvieron su impacto en la clerecía hispánica, que afinaba sus doctrinas con fines aplastantes. La Reconquista extenderá la intolerancia a lo que más adelante se

unirá el Santo Oficio de la Inquisición, con lo que conformará una fórmula superestatal e inmovible, caracterizando finalmente a la monarquía católica y unitaria como un ente totalitario y aniquilador. Algo muy distante de la tolerancia musulmana.

De esta manera, España se alzaría como imperio en una sola dirección: el totalitarismo político-social. Un buen método para controlar las diferencias confesionales y regionales, pero no una solución. Su carácter aplastante y fanático podría acercarse más a las estructuras de los pueblos de Oriente, aunque en el caso español, el ingrediente político-militar sobrepasa cualquier análogo. En este sentido, la Iglesia abandona su dimensión profética, para fortalecer su posición teórica y práctica.

La Inquisición no fue solamente el brazo armado de la Iglesia, fue también un recurso de alta calidad para poder financiar la logística de la Reconquista. Además del empleo secreto de martirios y torturas que comprobaban la ortodoxia cristiana, se confiscaban los bienes de los herejes, que no por obra de la casualidad eran buscados entre los conversos burgueses de gran poder monetario. Los inquisidores que viajaban por el territorio disponían de alojamiento gratis y no pagaban impuestos, resultando sumamente económicos a la Corona. Tampoco fue casualidad que el primer Auto de Fe se celebrara en Sevilla, residencia de una de las más ricas comunidades judías.

Si se piensa en que no fue prudente el haber diezmando a un sector de la población que contribuía al próspero desarrollo de la Corona, quizás desde el punto de vista económico eso sea cierto. Pero la reina Isabel (quien

instaló legalmente el Santo Oficio) se había ganado el apoyo de las masas populares, quienes odiaban a los enriquecidos conversos judíos y les acusaban de haber robado la riqueza de Castilla. Además eran asociados con la nobleza, por lo que la animadversión de las clases bajas se veía incrementada. Pero la reina no necesitaba de tanto resentimiento para esa empresa, su odio se apoyaba en sus ideas de pureza racial y en su fanatismo, lo que se extendió a las prácticas inquisitoriales que llegaron a impresionar, incluso, al mismo Papa.(1)

La Reconquista y el repoblamiento de al-Andalus habían arrojado, en efecto, como resultado inmediato, la convivencia de tres órdenes confesionales: cristianos judíos y musulmanes. Esta diversificación de la base étnica y religiosa de la población de los reinos cristianos, dificultaba el dominio y control social. Cabe preguntarse si hubiera sido posible elaborar leyes aceptables y compatibles con lo ganaderos y militares castellanos, con los navegantes catábricos y andaluces, con los burgueses catalanes y los judíos sevillanos, con los artesanos musulmanes y campesinos aragoneses; en fin, con cristianos y judíos o cristianos y musulmanes. Probablemente la respuesta

de la Corona Católica fue el suponer una unidad religiosa, y era lógico: la relativa tolerancia a la convivencia en un mismo espacio era cosa de la Alta Edad Media. El expansionismo tocaba a la puerta y no esperaba a que lo invitaran a pasar; el nacimiento del imperio calmaría la sed de victoria cristiana y ahogaría su estructura social en inconsolables conflictos. El odio a judíos, musulmanes y conversos, desbordado en el siglo XV, se extendería en los próximos siglos, basado en la desconfianza que ellos inspiraban a los reyes, a quienes no les importó dar la espalda a sus necesidades económicas e intelectuales para perseguirles sin descanso.

Así se logró un profundo desmembramiento de la unidad cultural, al tiempo que se desestructuraban las posibilidades de una integración en la identidad que, fragmentada y débil, no contaría con suficiente fuerza homogeneizante ni siquiera entre los propios cristianos. La producción cultural de la Península no sería patrimonio español, sino propiedad de cada grupo. La subversión intelectual sería el común denominador de los pensadores perseguidos.

A todo esto, los regionalismos de

(1) "En junio de 1490, un tal Benito García, cristiano desde hacía treinta y cinco años, fue detenido en Astorga cuando volvía de una peregrinación a Santiago. Se le encontró una hostia consagrada en su equipaje. En los seis días que duró la tortura dio los nombres de cinco conversos y dos judíos que habían participado con él en el 'asesinato ritual de un niño cristiano'. 'Confesó' que mediante el uso mágico del corazón del niño y de la hostia consagrada, intentaban provocar la muerte por ataques de locura de todos los cristianos, para así poder apoderarse los judíos de sus bienes. No se había informado de la desaparición de ningún niño en el pueblo de La Guardia, al llegó a faltar, pero el inquisidor general, el fraile dominico Tomás de Torquemada, dió una gran publicidad a tales 'confesiones', y en 1491 se rendía ya culto al Santo Niño de La Guardia. (Todavía hay una ermita cerca de Ocaña, al sur de Madrid, que puede ver cualquiera)". (Jackson, 1972, p. 157).

España surgían apoyados en sus necesidades sociales, las cuales no encontraban respaldo político posible. Cada división geopolítica implicaba una subdivisión cultural, con lo que la integración de la identidad se alejaba cada vez más. Si bien la cristiandad se alzó con la victoria en la península, muchos de sus adeptos eran conversos por conveniencia, y su personalidad intima difícilmente podría doblarse por completo.

La imposibilidad de la unidad nacional, en términos socioculturales, fue el resultado prevaleciente, el verdadero ganador... o el último sobreviviente. La unidad confesional, aunque por obligación, hizo suponer al menos que el dominio de la Península lograría cierta estabilidad social, conformándose con una pseudointegración se transformó en una integración forzada, arrojando finalmente, más de una pseudoidentidad, una identidad desmembrada, que rompió (y quizás para siempre) la unidad sociocultural, y con ella, la posibilidad de la unidad nacional.

La presencia de los reinos cristianos peninsulares en América puede encontrar gran parte de sus causas en esa historia de ocho siglos que le antecede. Así como también la historia de los musulmanes peninsulares puede extenderse en varias direcciones posteriormente a su expulsión de España. Y una de ellas se encaminó hacia el Nuevo Continente. La migración islámica de la Península Ibérica fue deliberadamente planificada por los Reyes

Católicos, puesta en práctica por la inquisición y por muchos otros elementos represores de la época.

Lo musulmán llegó a América por muchas vías, no sólo la española. Recuérdese la islamización de África, el traslado y esclavización de sus habitantes a las colonias americanas de Europa. Pero lo español-cristiano que llegó, no puede divorciarse de su compañero de proceso y sitio. Entonces, intentar separa uno del otro sería ignorar su realidad histórica. Así como también, tratar de identificar "qué" es puramente español en la historia de América o "qué" es puramente musulmán sería perder la dimensión analítica del caso. Como si se buscara una "madre española" o una "madre islámica" a aquello que tuvo su propio proceso, descendiente de aquél, pero no determinado exclusivamente por él. El entender el contenido de sus estructuras explicaría con mayor precisión todas esas relaciones.

Si pretendiéramos que los ocho siglos de presencia islámica con cuota de poder en la Península Ibérica fuesen sólo un incidente pasajero, y que España regresó, luego de ello, al camino de su historia, encaminando también al mundo, estaríamos cerrando aquí las puertas a la continuación de esta investigación.

Nada se ~~gierra~~ gierra en este punto, sólo se abrirá ~~un~~ un compás de espera para la continuación. El tema, para ello, es inagotable.

BIBLIOGRAFIA

- ARIE, RACHEL:**
1982 "España Musulmana (siglos VIII-IV)"
Editorial Labor, Barcelona.
- BARBERO, A. Y M. VIGIL:**
1974 "Sobre los orígenes sociales de la Reconquista", Editorial Ariel, Barcelona.
- BROOKS, CHRISTOPHER:**
1973 "Europa en el centro de la Edad Media", Editorial Aguilar, Liverpool.
- BROWN, NORMAN:**
1967 "Eros y thanatos. El sentido psicoanalítico de la historia", Editorial Joaquín Mortiz, México.
- CARR, CLAUDE:**
1972 "El Islam". Editorial Siglo XXI, Barcelona.
- CARRANDE, RAMON:**
1978 "Otros siete estudios sobre España" Editorial Ariel, Barcelona.
- CASTRO, AMERICO:**
"Sobre el nombre y el quién de los españoles", Taurus Ediciones.
- CHAUVU, PIERRE:**
1972 "La expansión europea", Editorial Labor, Barcelona.
- CHERJE, ANVAR:**
1980 "Historia de España musulmana", Ediciones Cátedra S.A., Madrid.
- CODERA, FRANCISCO D.:**
1899 "Almorávides en España", Zaragoza, Comas Hermanos.
- DAVIS, RALPH:**
1972 "La conquista del Atlántico", Editorial Siglo XXI, Barcelona.
- DEGOT, JAN:**
1972 "La Alta Edad Media", Editorial Siglo XXI, Barcelona.
- GARCIA DE CORTAZAR, JOSE ANGEL:**
"La Época Medieval", Alianza Editorial, Alfaguara, Barcelona.
- GAUTHIER-DALCHÉ, J.:**
1969 "L'histoire monétaire de l'Espagne septentrionale et centrale du IX au XII siècles", en ANUARIO DE ESTUDIOS MEDIEVALES, Instituto de Historia Medieval de España, Barcelona.
- GEORG MAIER, FRANZ:**
1972 "Las transformaciones del mundo Mediterráneo", Editorial siglo XXI, Barcelona.
- GLICK, THOMAS P.:**
1979 "Islamic and Christian Spain in the Early Middle Ages", Princeton University Press, New Jersey.
- GRASSOTTI, NILDA:**
1964 "Para la historia de los parias y del botín en León y Castilla", en CUADERNOS DE HISTORIA DE ESPAÑA, No XXXIX - XL, Instituto de Historia de España, Buenos Aires.
- GUNDER FRANK, ANDRE:**
1979 "La acumulación mundial, 1492 - 1789", Siglo XXI Editores, Barcelona.
- ISOLA, DELIA L.:**
1944 Nota crítica al libro de Claudio Sánchez-Albornoz "España y el Islam", en CUADERNOS DE HISTORIA DE ESPAÑA, No I y II, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires.

JACKSON, GABRIEL:
1972 "Introducción a la España medieval"
Alianza Editorial, Madrid.

LE GOFF, JACQUES:
1972 "La Baja Edad Media", Editorial
Siglo XXI, Barcelona.

MARTÍN, ROBERT:
1973 "La expansión musulmana (siglos VII
al XI)", Editorial Labor, Barcelona.

MARIAS, JULIAN:
1991 "España inteligible. Razón históri-
ca de las Españas", Alianza Editor-
ial, Madrid.

PASTOR DE TOCHERI, RUTH:
1972 "Del Islam al Cristianismo. En las
fronteras de dos formaciones econó-
mico-sociales", Ediciones Penínsu-
la, Barcelona.

PIRENE, HENRY:
1933 "Historia económica y social de la
Edad Media", Fondo de Cultura Eco-
nómica, México.

POLIAKOV, LEON:
1961 "De Mahoma a los Marranos. Historia
del Antisemitismo", Muehnik Edito-
res.

RIV, MANUEL:
1985 "La Alta Edad Media", Editorial
Montesinos.

ROBINSON, MAXINE:
1960 "Islam y capitalismo", Siglo XXI E-
ditores, Buenos Aires.

ROMANO, RUGGIERO Y ALBERTO TRENTI:
1972 "Los fundamentos del mundo moderno"
Siglo XXI Editores, México.

VON GRUNERMAN. G.:
1972 "El Islam", Editorial siglo XXI,
Barcelona.

VOLP, ERICK:
1986

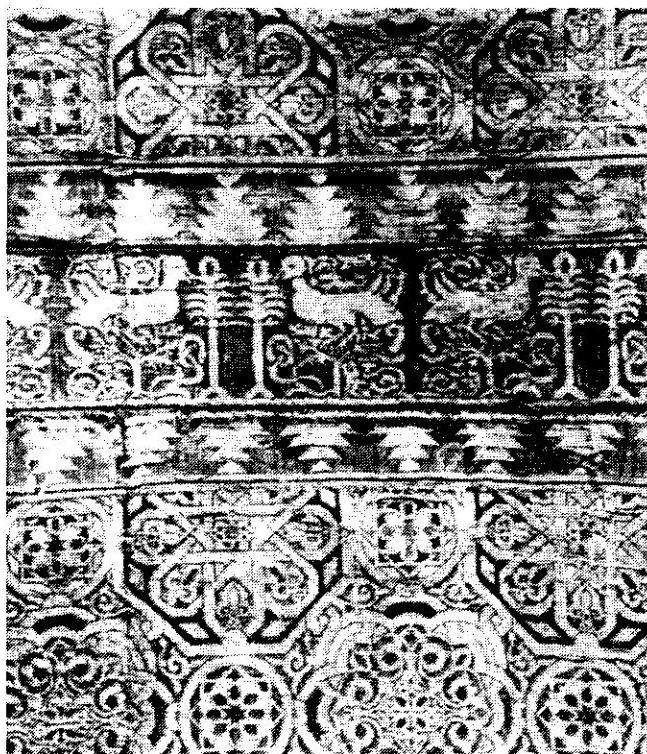
"Europa y la gente sin historia",
Fondo de Cultura Económica, México.

RESUMEN

Este estudio intenta acercarse a las interrelaciones, a las conexiones que tejieron las estructuras cristianas e islámica, en un mismo espacio y tiempo, que a posterior significarían un problema socio-político infranqueable: la desunión y atomización como realidad de España, bajo una irreal integración nacional.

SUMMARY

This study attempts an approach to the conceptions and interrelations that intervene the structure of Christianity and Islam in the same space and time, and which were later to become an insurmountable social and political problem: the real disunity and fragmentation of Spain under a surface of unreal national integration.



Tejidos de la Epoca Nazari. Detalles, Museo del Instituto de Valencia de Don Juan en Madrid. Rubio Julian Ma., Luis Olloa Cisneros, Emilio Camps Cazorla y Elias Serra Ráfols: "Historia de España", (Gran historia general de los pueblos hispanos). Tomo III (La baja Edad Media y la Sociedad Nacional), Barcelona, Instituto Gallach, 1970 .Pág.456.



Tipos Musulmanes de comienzos del siglo XV. Detalle del Retablo de San Miguel de Cruillos, Museo Diocesano de Geronas, pintado por Luis Barrosa en 1417. Rubio Julian Ma., Luis Olloa Cisneros, Emilio Camps Cazorla y Elias Serra Ráfols: "Historia de España", (Gran historia general de los pueblos hispanos). Tomo III (La baja Edad Media y la Sociedad Nacional), Barcelona, Instituto Gallach, 1970 .Pág. 203.